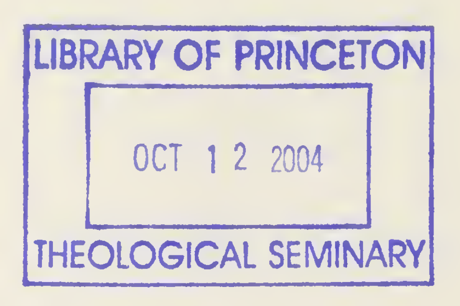




vinculum

VIDA CONSAGRADA

122

vinculum

ORGANO DE LA CONFERENCIA DE RELIGIOSOS DE COLOMBIA

AÑO XXIII
1975

ENERO
Y
FEBRERO

Dirección y Administración: Calle 71 No. 11-14 — Bogotá, Tel. 35 88 84.

Resp. Mingobierno Lic. 657/53.

Tarifa Postal reducida No. 240 de la Administración Postal Nacional.

Editorial PAX — Bogotá.

SUMARIO:

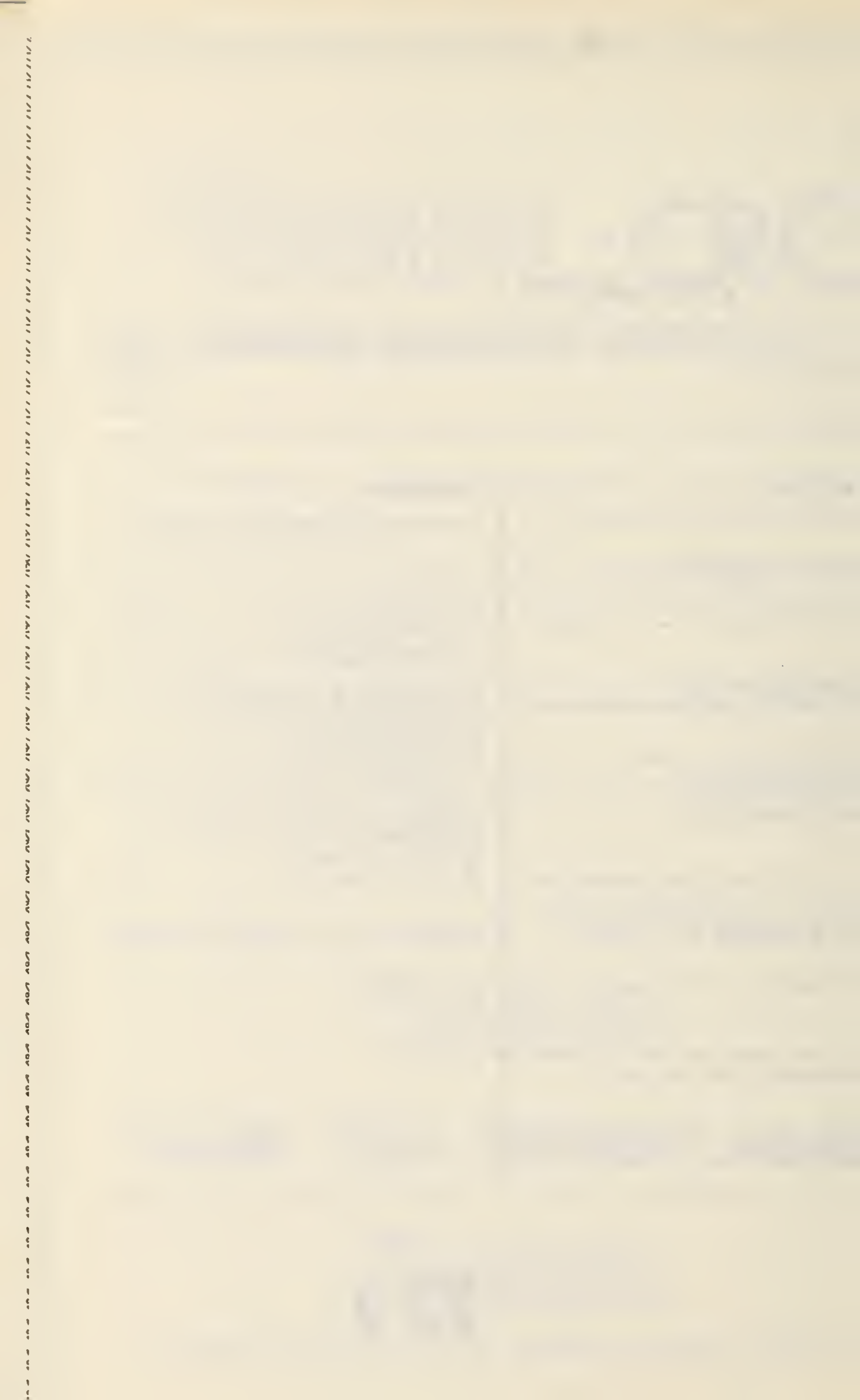
Pág.

EL FUTURO DE LA VIDA RELIGIOSA
(P. Pedro Arrupe, S.J.) 3

OBJETIVOS DE LA CLAR EN LA RENOVACION DE LA VIDA RELIGIOSA EN AMERICA LATINA
(P. Carlos Palmes, S.J.) 10

NOTAS ESENCIALES DE LOS MINISTERIOS EN EL NUEVO TESTAMENTO
(P. Alberto Parra, S.J.) 22

122



EL FUTURO DE LA VIDA RELIGIOSA

P. Pedro Arrupe, S.J.

Introducción

El futuro nos invade. Parece como si estuviésemos obsesionados por el futuro. Más que ir nosotros hacia el futuro, es el futuro el que se nos echa encima y nos abruma, sin darnos tiempo a comprender que lo tenemos ya alrededor y dentro de nosotros.

Tanto es así que hoy se requieren, en frase de S.P. Snow, "hombres que lleven el futuro en sus huesos" (The two cultures and the scientific revolution, p. 12).

Y si esto es verdad para todos los hombres, lo es hoy tal vez más para nosotros religiosos, que sentimos la necesidad de servir a la Iglesia y al mundo y apreciamos más hondamente esta grave cuestión del mundo actual.

Quisiéramos poder predecir el futuro, poder prever qué será de nosotros, de nuestras comunidades, de nuestros trabajos andando el tiempo, pero nos damos bien cuenta de la ironía clásica del proverbio chino: "es muy difícil profetizar, sobre todo cuando se trata del futuro".

No se trata, por tanto, de profetizar, ni de hacer futurología. Pero sí queremos reflexionar sobre el pasado y sobre el presente para poder, en lo posible, prever el porvenir.

En un mundo que cambia tan rápidamente y que nos presenta una problemática vasta y profunda, la vida religiosa como tal y cada uno de nuestros

Institutos se encuentra ante *un desafío,* que es imposible esquivar: "es hoy trivial el decir que la cultura occidental está sufriendo una crisis, pero no es tan trivial el vivirla. El vivirla es no simplemente hablar de ella, sino tomar sobre los propios hombros, de buena gana o con repugnancia, todo el peso de confusión, de incertidumbre, de visión turbia, que ella comporta. Ningún ser humano puede vivir feliz por mucho tiempo bajo un peso de esta naturaleza" (Daniel Callahan, The Tyranny of Survival, Macmillan, New York 1973, p. 23)

La trascendencia y seriedad del desafío ineludible del momento actual resalta aún más si pensamos en la responsabilidad de formar nuestros jóvenes, que son los artífices del futuro: no nos vaya a suceder que los preparamos para un mundo que ya no existe.

Reflexionar sobre los datos anticipados del futuro, crear en nosotros un nuevo proceso mental, adquirir el sentido del porvenir, reducirá mucho las dificultades de adaptación a las nuevas circunstancias del futuro y aumentará las probabilidades de acierto y de éxito. La dificultad está en que nada de cuanto vemos radica en el futuro: todo el presente radica en el pasado (estudios, formación, vida individual y familiar, ciencias, etc.). Ningún fenómeno actual es testimonio del futuro o nace en él: por eso, es preciso crear el sentido del futuro a fuerza de reflexión.

Naturalmente es posible reflexionar sobre un futuro próximo o sobre un futuro remoto Me limitaré aquí a reflexionar sobre un futuro no muy lejano, pues si aun esto es difícil, el querer predecir un futuro lejano es imposible.

La primera pregunta que viene a la mente es ésta: *¿tiene la vida religiosa un futuro?* Y esta pregunta abarca un doble aspecto: ¿la vida religiosa como tal tiene sentido en el futuro? , o bien: ¿los Institutos religiosos tienen un futuro?

Cuestión ésta relativamente moderna: en siglos anteriores ni siquiera ocurría el posible planteo de la pregunta: era evidente y se daba por cierta la existencia de la vida religiosa en el futuro. Pero hoy, cuando nada escapa a un cuestionamiento radical y embarazoso, tampoco la vida religiosa escapa a él. Inclusive hay quienes dan por asentada la desaparición de la vida religiosa en un futuro no tan lejano, pues, según ellos, el significado o al menos la expresión concreta de la vida religiosa está ya sobrepasada ("depassée"). Hoy el mundo necesitaría de otras formas de servicio Se hace difícil el compartir tal pesimismo'

Hablando de la vida religiosa como tal, escribe el P Rahner: "Podemos con toda seguridad afirmar que siempre ha de existir en la Iglesia una institucionalización de la vida cristiana con cierto grado de radicalidad: así, en este sentido, existirá siempre en la Iglesia la vida religiosa" (K. Rahner, en Geist und Leben, nov 1970)

Cuestión diversa en la supervivencia de cada uno de los Institutos religiosos. Ningún Instituto tiene naturalmente garantía absoluta de sobrevivir siempre: "Es dificilísimo, si no imposible, establecer con certeza el índice de mortalidad de los Institutos religiosos. La impresión global es que los Institutos religiosos tienen, más que fragilidad, gran resistencia" (Moulin, Vita e governo degli Ordini religiosi, Ed. Ferromilano 1965, p. 49-50). En realidad, durante la historia han desaparecido muchos Institutos religiosos: entre los siglos IV y XX han sido fundados 276 Institutos masculinos, de los cuales han desaparecido 99 (monjes 50, canónigos etc. 35, Clérigos regulares 1, Sociedades sacerdotales 11, Congregaciones laicales 1, Congregaciones clericales 1) (R. Hostie, Vie et mort des Ordres religieux, Desclée de Brouwer 1972, p. 344).

La historia es maestra de la vida. Es interesante observar el modo y las circunstancias en que los Institutos han ido apareciendo, pues de ello podemos sacar lecciones importantes para nosotros, frente al futuro.

Aunque externamente el origen de los Institutos es tan diverso, su dinámica común parece que podría reducirse a tres líneas de fuerza. La *primera* es la de realizar un *servicio determinado* a la Iglesia y a la humanidad de un período histórico concreto, bien sea en orden espiritual, bien en el corporal y caritativo. *Otra línea* de fuerza viene caracterizada por el *aspecto conflictivo,* en que han nacido gran parte de los Institutos: conflicto con la sociedad humana del tiempo, y aun con la sociedad religiosa e incluso con sus autoridades, dándose el hecho de que el espíritu profético y carismático que movía a los fundadores no siempre fuera comprendido por los demás. *La tercera línea* de fuerza viene marcada por la *presencia de un hombre o grupo* de personas movidas por el Espíritu Santo, que llevan a cabo su obra en fuerza del carisma recibido y en plena docilidad a la acción del Espíritu.

No cabe duda que el *servicio* que debemos prestar a la Iglesia y a la humanidad contemporánea es un elemento valiosísimo de nuestra supervivencia y una gran garantía para ella. Lo que resulta inútil deja de tener razón de ser. Este deseo de servicio nos debe llevar a un estudio profundo del propio carisma, de las intenciones del fundador, a fin de descubrir su mejor aplicación a las circunstancias actuales y futuras.

Tampoco nos debe amedrentar el *aspecto conflictivo* y la oposición que puede venir de donde menos se pudiera esperar, ya que el Espíritu tiene a veces caminos difícilmente comprensibles para quienes no poseen o no saben interpretar el carisma fundacional o religioso aplicado a las circunstancias nuevas. Por otra parte, toda aplicación o reforma debe ser realizada por *hombres de gran talla* espiritual, que posean un verdadero espíritu sobrenatural: este incluye un gran celo por la gloria de Dios y servicio de la Iglesia, humildad, obediencia y comprensión profunda del Evangelio. Si poseemos hombres de tal espíritu y tenemos un servicio concreto que ofrecer a la Iglesia y a la humanidad, las dificultades no nos deben atemorizar, antes bien serán un signo del buen camino.

Tres puntos básicos para la adaptación evangelizadora de los Institutos religiosos

Al pensar sobre la adaptación de los Institutos religiosos y su acción evangelizadora futura, conviene considerar tres elementos básicos para nuestro modo de proceder: el carisma fundacional, una sana encarnación de la vida religiosa en el mundo de hoy y la recta interpretación de los signos de los tiempos.

a) Carisma fundacional

El carisma del Fundador es lo que caracteriza a cada Instituto; él expresa lo específico de nuestro servicio en la Iglesia y en el mundo; en él tenemos la gracia particular concedida al Fundador y, por medio de él, al Instituto

Habiendo de aplicarlo a las circunstancias modernas y de contrastarlo con ellas, se hace indispensable reflexionar sobre él, profundizar en su comprensión, descubrir en él nuevas riquezas que tal vez han permanecido hasta ahora desconocidas y ocultas. No podemos traicionar nuestro carisma fundacional, pero sí debemos tratar de entenderlo cada vez mejor y de aplicarlo a las circunstancias históricas actuales.

El primer paso, por tanto, que deben dar los Institutos religiosos hacia una más eficaz evangelización es el conocimiento profundo y el estudio de todas las manifestaciones y aplicaciones posibles del propio carisma, para una mejor utilización del mismo. Este es un punto de capital importancia, pues no es imposible que, con el correr del tiempo, la esencia del carisma se haya ido recubriendo de elementos accidentales que no solamente lo oscurecen sino que pueden llegar a limitar su adaptabilidad y su eficacia. Conocer los elementos esenciales del carisma tiene la ventaja de que, al cambiar hoy las circunstancias tan rápidamente, la flexibilidad de adaptación puede ser mayor en orden a la supervivencia y a una progresiva eficacia de los Institutos en su futuro evangelizador. Cuantos menos elementos accidentales encubran el carisma, mayor será su adaptabilidad. El "shock" recibido en estos años por los Institutos religiosos (lo que se ha llamado "el shock del futuro") ha contribuido benéficamente, haciéndonos reflexionar más profundamente, y así descubrir riquezas, que eran desconocidas hasta esa crisis que a veces ha sacudido los Institutos hasta sus fundamentos.

b) Encarnación en el mundo de hoy

La "fuga mundi" no es sinónimo de aislacionismo. La separación del mundo es compatible con la "encarnación" en el mundo. La dialéctica "fuga-encarnación" hace redimensionar muchas actitudes pasadas y presentes, para acertar en el porvenir.

La conciencia de la necesidad de una encarnación debidamente realizada es una de las grandes conquistas de la vida religiosa de hoy: el religioso no se

considera como algo extraño a las realidades humanas, no quiere sentirse rodeado como de una aureola de privilegios y de poder, sino que quiere ser un servidor de los hombres, un amigo, un compañero, alguien a quien se siente cerca; como su modelo Jesucristo que, "tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres" (Fil. 2,7), "puede sentir compasión hacia los ignorantes y extraviados, por estar también él envuelto en flaqueza" (Hebr. 5, 2).

Esta encarnación se debe manifestar en un "compromiso" (engagement"), en un "testimonio", en un "ser voz de los sin-voz", en toda la vida y actividad evangélica del religioso.

De este modo nadie podrá pensar "que los religiosos, por su consagración, se hacen extraños a la humanidad o son inútiles a la ciudad terrena" (Lum. Gent. No. 46).

c) Interpretación de los signos de los tiempos

En el deber permanente que pesa sobre la Iglesia de "escrutar a fondo los signos de los tiempos o interpretarlos a la luz del Evangelio" (Gaud. et spes, No. 4), los religiosos pueden prestar un positivo servicio, por serles muy propia esta labor de discernimiento.

No se trata solamente de constatar hechos y de analizar tendencias, sino de interpretarlos según el espíritu del Evangelio, pues de lo contrario se nos podría aplicar las palabras de Cristo en el Evangelio: "sabéis discernir el aspecto del cielo y no podéis discernir las señales de los tiempos! " (Mat. 16, 3).

El simple coleccionar o interpretar los hechos, aunque esencial, no es todavía discernimiento. Este, propiamente hablando, es la reflexión hecha en oración sobre una realidad humana. Cualquiera ve que esta delicada y difícil tarea exige una constante transformación interior, una auténtica "metanoia" o conversión a Cristo Crucificado, lo cual implica un librarse de todo aquello que puede perturbar nuestro juicio u ocupar nuestro corazón indebidamente, y estar siempre a la escucha y a la disposición del Espíritu.

LOS INSTITUTOS RELIGIOSOS ANTE LOS PROGRESOS DEL TIEMPO ACTUAL

La interpretación y discernimiento de los signos de los tiempos se hace hoy más importante, dadas las circunstancias del momento en que vivimos. De ahí la necesidad de reflexionar sobre los efectos que tales circunstancias pueden tener en la actuación de servicio que los Institutos religiosos deben prestar.

La nueva espiritualidad postconciliar, los progresos teológicos y las posibilidades e instrumentos para la evangelización que nos ofrece el mundo actual nos abren un campo de acción cada vez más grande y variado. La

asimilación, la acomodación y el uso de tales oportunidades y medios dan a la labor evangelizadora una fuerza y una extensión y profundidad incalculables.

Se da un progreso continuo tanto en el orden de la sociedad humana como en el orden religioso de la fe. La humanidad avanza descubriendo siempre nuevos secretos de la naturaleza y de la ciencia y adquiriendo un mayor dominio del mundo. La iglesia avanza también profundizando cada vez más el conocimiento de la revelación y enriqueciéndose más y más con ese conocimiento.

La *vida religiosa* y su *labor evangelizadora* deberán apoyarse en esos progresos e *irse desenvolviendo, por consiguiente, con el aporte de tales elementos nuevos,* que son una fuerza enorme de transformación y a los que no podemos nosotros resistir. Pero una vez más el instrumento indispensable será un sano discernimiento: no todo lo que sucede en el mundo es progreso, ni aparece siempre con claridad en el orden del "depositum fidei" en donde está la verdadera adquisición de conocimientos nuevos.

Entre los conceptos seculares que han ido adquiriendo creciente profundidad se pueden enumerar: el valor de la persona humana, la noción de igualdad entre los hombres, la verdadera libertad, el progreso integral, la justicia social, la paz, la soberanía de la conciencia, el amor patrio, los derechos de la mujer, etc.

Y así mismo los nuevos valores en el plano de la fe son, entre otros: el concepto más claro de Iglesia, los avances de la cristología, del sacerdocio, del ecumenismo, el concepto de pluralismo, la interpretación exegética, el concepto de misión y de apostolado, el papel del laicado en la Iglesia, el desarrollo de la liturgia, etc.

Esto tiene importancia capital, ya que estas adquisiciones en el orden humano y en el religioso son los jalones para los nuevos avances tanto de la vida humana como de la religiosa: ¿quién no ve, por ejemplo, cómo la liturgia va modificando mucho la vida de nuestras comunidades? ¿cómo el concepto actual de sacerdocio universal y ministerial ha ayudado a la comprensión de la idea de sacerdocio, etc.? ¿Quién no ve cómo el concepto del valor de la persona humana y de sus derechos, el concepto de autoridad, de la responsabilidad de los laicos, etc. han ido modificando y seguirán modificando fundamentalmente nuestra actividad apostólica y los medios de evangelización?

La conciencia de estos progesos y cambios evolutivos nos pueden ayudar eficazmente en la renovación y modificación de nuestra vida tanto personal como comunitaria, tanto privada como apostólica. Y por eso tenemos que reflexionar sobre todos estos nuevos valores y su progresiva evolución, pues son los puntos de apoyo para la construcción de un futuro sólido y eficaz para el servicio del mundo; después de un proceso de asimilación evangélica, llegaremos a sacar consecuencias prácticas para nuestra vida religiosa, individual, comunitaria y apostólica, en orden a la evangelización.

No dejemos de advertir, al mismo tiempo, que varios elementos del mundo, so pretexto y con apariencia de modernidad y adaptación, pueden reducir nuestra disponibilidad, carcomer después la verdadera eficacia del apostolado y destruir poco a poco nuestra vocación: el religioso acaba, al fin, por laicizarse y deja tras de sí una estela perniciosa para cuantos han convivido con él.

Ello nos lleva a pensar que una "evangelización" de nuestros propios Institutos puede hacerse a veces necesaria. Esta evangelización "ad intra" no tiene solamente un sentido negativo de restauración o de defensa, sino que puede ser muy útil para avanzar de un modo más eficaz hacia el ideal de nuestros Institutos. Profundizar más en el conocimiento de Cristo y de su persona, de su evangelio, de la radicalidad de las bienaventuranzas, del sentido de la cruz, de la humildad, del amor universal a todos los hombres, etc., exige un esfuerzo interno de verdadera evangelización que no tiene límites, como no los tiene la potencialidad evangelizadora del Espíritu, que dio a los Fundadores intuiciones carismáticas, que en muchos casos están todavía por descubrir y por aplicar en toda su profundidad y extensión.

En esta situación nueva del mundo y ante tantas posibilidades, ¿cuál debe ser nuestro servicio peculiar a la Iglesia y a los hombres? Tal vez, "per via negationis" podríamos decir que nuestro servicio *no ha de ser simplemente profesional,* aunque a veces el ejercicio de una profesión o de una especialización pueda ser necesario; *ni tampoco meramente supletorio,* ya que no somos agentes de las autoridades públicas en las obligaciones que ellas no alcanzan a cumplir respecto a la sociedad, aunque a veces esta acción supletoria pueda ser propia de los religiosos, como por ejemplo cuando el Estado no alcanza a realizar su función por imposibilidad concreta pasajera o por la naturaleza particular de una obra o por las dificultades que encierra o requisitos que comporta (casos de difícil o imposible asistencia: atrasados mentales, leprosos, atención espiritual en cárceles, hospitales, etc.); ni es tampoco sola y exclusivamente espiritual (aunque éste sea nuestro principal servicio), ya que las ayudas de caridad corporal, intelectual, etc., así como las ayudas para hacer triunfar la justicia (siendo "voz de los sin-voz") son también campos de actividad muy necesarios y muy actuales, propios del religioso, que busca ayudar a los más desgraciados y oprimidos; *ni exclusivamente particular nuestro,* puesto que los laicos pueden y deben colaborar con nosotros en un modo eficaz y cada vez más responsable por parte de ellos.

Nuestro servicio, pues, hablando positivamente y con palabras del Con. Vat. II, ha de ser el de "trabajar según sus fuerzas y según la forma de la propia vocación, sea con la oración, sea con la acción, por implantar o robustecer en las almas el Reino de Cristo y dilatarlo por todas las regiones" (Lum. Gent. No. 44).

OBJETIVOS DE LA CLAR EN LA RENOVACION DE LA VIDA RELIGIOSA EN AMERICA LATINA

P. Carlos Palmes, S.J.
Presidente de la Clar

Introducción

Se me ha pedido que hable sobre los objetivos y motivaciones que tiene la CLAR en la orientación de sus actividades. Creo que puede ser provechoso dar a conocer lo que pretendemos y recibir sus críticas y aportaciones para enriquecernos mutuamente y mejorar nuestros servicios a los Religiosos de América Latina.

La CLAR en su trabajo no quiere partir de proyectos pensados en una oficina, sino que pretende responder a las inquietudes de los Religiosos de América Latina que desean vivir una Vida Religiosa más evangélica. Esto se podría concretar en los siguientes objetivos:

I. Una vida religiosa más auténtica

Todos nuestros esfuerzos se orientan a la promoción de una Vida Religiosa más auténtica. Esto de ninguna manera quiere significar un desprecio hacia las formas de vida religiosa que han estado en vigor hasta el presente; sino más bien la necesidad de una revisión para recoger de la tradición todo aquello que es expresión del genuino espíritu evangélico que constituye el nervio de nuestro carisma separándolo de lo que son adherencias históricas o geográficas, formas transitorias de vivir el carisma que han sido una respuesta adecuada a las necesidades de una época o de un lugar y que tal vez requieren una renovación o una sustitución.

No es tarea de la CLAR definir a priori lo que sea una Vida Religiosa auténtica, pues hay que tener en cuenta la situación concreta en que están ubicados los Religiosos. La CLAR intenta alimentar la reflexión y fortificar las pistas teológicas para que cada grupo, según su carisma propio y ante los desafíos de la situación vital, encuentre su identidad religiosa en el seguimiento de Cristo.

En efecto, las nuevas exigencias del mundo actual, las inquietudes del hombre latinoamericano, la nueva orientación de la Espiritualidad traída por el Concilio, la voz de nuestros Obispos en Medellín, los movimientos religiosos, sociales y políticos de estos últimos años en América Latina, etc., son una palabra de Dios que pide a los religiosos una respuesta válida de adaptación en un clima de fe y de realismo histórico.

Sería mucho más sencillo optar por soluciones extremas o de echar abajo las estructuras para comenzarlo todo de nuevo, o seguir sencillamente el camino trillado de lo que siempre se había hecho. Pero éste no sería el modo de proceder del hombre prudente que "saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo" (Mt. 13, 52).

a) Insistencia en lo fundamental. Hay que reconocer que en un primer momento después del Concilio, hubo una reacción algo extremoso para liberarse de estilos anacrónicos de Vida Religiosa, de formas esclerotizadas, de un legalismo formalista, de una espiritualidad de segregación. La reacción era explicable, pero en algunas ocasiones tuvo también como efecto la caída o el olvido de valores fundamentales de la vida consagrada. Ahora se nota en todas partes y especialmente en América Latina un deseo de profundizar en el sentido de nuestro carisma, en la búsqueda de nuestra identidad. Las reuniones de la CLAR en los últimos años, se han caracterizado por la seriedad y sensatez, por el tono espiritual, por el gozo de constatar la coincidencia de todos en el ideal de nuestra vocación. Se busca vigorizar la vida de fe entendida no solamente como compromiso con el Señor trascendente, sino también como compromiso con el Señor que hace su epifanía en el pobre y el marginado. Se busca además llegar a una profunda experiencia de Dios y de Cristo que nos haga verdaderos testigos del sentido transcendente de la vida humana. Se busca, en fin, profundizar la fuerza liberadora de nuestra misión apostólica a partir del sentido más originario de consagración que, además de reserva a Dios, significa e incluye también una misión de servicio y de salvación de los hermanos.

En medio de un mundo en el que el Dios presente es cada vez menos explicitado y recordado, nosotros con nuestra vida de oración y fraternidad, hemos de recordar a los hombres que "Dios es Amor" y que está presente en la historia y en medio de nuestras vidas con un dinamismo de salvación.

Para responder a estas inquietudes se elaboró el documento "La Vida según el Espíritu" que ha alcanzado una amplia aceptación. Nosotros mismos hemos quedado sorprendidos del éxito obtenido y esto nos ha abierto los ojos

para comprender que debemos insistir sin ningún rubor en el aspecto espiritual de nuestra vocación.

En esta misma línea se ha creado un pequeño equipo de teólogos que ayuden a la CLAR en el campo de la Teología y Espiritualidad mediante la reflexión, la participación en cursos y en la elaboración de los documentos.

Fundamental a la vida religiosa es también la preservación y el enriquecimiento de los múltiples carismas fundacionales. Este pluralismo carismático es signo de la riqueza del mismo Espíritu que actúa en diferentes niveles de la vida y de la sociedad como respuesta a diversas necesidades y llamadas que ahí se manifiestan. La CLAR se propone ayudar a todos los que, en la labor de descubrir más limpiamente su propio carisma congregacional, intentan superar una visión meramente jurídica de la vida religiosa que lleva a la uniformidad. Esto no impide la elaboración de denominadores comunes a todos los Religiosos de América Latina.

b) Revisión de elementos transitorios. Del mismo modo que hemos de afianzarnos cada vez más en lo inmutable de nuestra vocación, tenemos que tener también audacia para afrontar la revisión de nuestro estilo de vida y modo de proceder, para que responda a las exigencias del hombre actual. En la era de la técnica electrónica y de la energía nuclear, no podemos pelear con armaduras medievales. El carisma de nuestros fundadores se ha ido cubriendo del polvo del tiempo en normas, prácticas y costumbres que fueron válidas en otros momentos históricos y que tal vez nos han quitado la flexibilidad necesaria para responder a la voz de Dios expresada por los "signos de los tiempos" y por lo que los hombres de hoy tienen derecho a esperar de nosotros.

Hay Congregaciones Religiosas que están dando pasos muy acertados en la renovación —dentro del riesgo que esto siempre supone— y en algún caso tal vez se han abierto de modo demasiado repentino e incontrolado; otros por el contrario, al ver tantas defecciones, se han opuesto a todo cambio creyendo que los problemas se superan cerrando las ventanas. En estos la crisis suele presentarse de modo explosivo después de largos sufrimientos de personas valiosas . . . Pero la mayor parte de los Institutos Religiosos en América Latina están en marcha y con deseos de responder adecuadamente a la hora de Dios.

He podido comprobar que en algunas naciones de América Latina se está produciendo un fenómeno doloroso. No sucede esto en la mayoría de las Congregaciones, sino solo en un número reducido de ellas. Yo diría que es un fenómeno propio de Institutos de mentalidad cerrada y especialmente en los femeninos.

Hay grupos de Religiosas que sienten cerradas las esperanzas de una verdadera renovación dentro de su Congregación y buscan inútilmente convencer a las Superioras de mayor apertura, de la necesidad de permitir ciertas experiencias para encontrar caminos nuevos que respondan a las exigencias de hoy.

Después de un proceso doloroso, estos grupos llegan al convencimiento de que no pueden alcanzar la ansiada renovación dentro de su Congregación y se ven obligadas a pedir la exclaustración o la dispensa de los votos.

Es evidente que entre las que dejan la vida religiosa hay personas que se han enfriado espiritualmente o que pretendían un estilo de vida incompatible con la consagración a la que se habían comprometido. No hablo de éstas, sino de Religiosas que nunca han dudado de su vocación y que si buscan otros caminos, es para poder vivir con mayor autenticidad evangélica.

Es muy lamentable que la vida religiosa pierda tantas personas que podrían contribuir notablemente a la verdadera renovación, personas que en muchas ocasiones se contaban entre las más valiosas del Instituto.

La CLAR pretende ayudar a todos a avanzar gradualmente hacia una sana renovación en la que se integren valores fundamentales de la vida religiosa con los aportes del mundo actual. Si en algún momento la CLAR, por miedo al riesgo o a las malas interpretaciones, se pusiera a frenar el dinamismo que el Espíritu Santo está imprimiendo en la vida religiosa, seríamos infieles a nuestra misión profética y la CLAR, en mi opinión, ya no tendría razón de ser.

c) Formación de espíritu crítico. Saber distinguir lo auténtico de lo caduco, el nervio vital del revestimiento externo, lo evangélico de lo geográfico, supone un espíritu crítico que no se deja arrastrar por primeras impresiones, es decir, requiere capacidad de hacer discernimiento serio a la luz de Dios.

Hay que advertir que la crítica no crea la realidad, sino que la supone. Esta crítica se ha de ejercer desde dentro de la realidad, no para destruir la vida religiosa sino para purificarla. La crítica es válida en la medida en que se ama lo que se critica. Supone un primer momento de inserción en la realidad y un segundo momento de tomar distancia para asegurar la objetividad.

La CLAR, mediante los documentos que va elaborando y mediante los cursos para Secretarios de Conferencias, Provinciales y Formadores, desea crear un hábito de reflexión en las personas que tienen especial responsabilidad en la marcha de la vida religiosa.

Se han realizado ya varios de estos cursos. En ellos se parte de los problemas comunes que tenemos planteados y se crea una actitud de búsqueda activa para trazar líneas de solución. Asisten algunos expertos que intervienen cuando se lo solicitan, pero no se dan clases ni conferencias académicas. Se pone a los participantes en contacto con la realidad de América Latina en sus diversos aspectos, se comunican experiencias, se reflexiona en común. No se pretende encontrar la "fórmula mágica" para formar a los jóvenes o para gobernar una Provincia, pero se crea un dinamismo de búsqueda y una esperanza fundada de ir hablando el modo práctico de realizar nuestra vocación.

II. Una vida religiosa más latinoamericana

Uno de los aspectos que más nos preocupan y en el que se divisan mejores perspectivas, es el de ir encontrando un estilo de vida religiosa cada vez más adaptado al modo de ser latinoamericano. No se trata de fomentar un nacionalismo o provincialismo cerrado ni significa que hay que hacer concesiones que puedan acarrear la pérdida o disminución del espíritu de una Congregación, sino que más bien es el modo de vitalizar y de dar autenticidad al carisma de cada Instituto, recreándolo a partir de las realidades en que está inserto.

Con frecuencia se ha cometido el error de creer que las formas concretas como se vive la vida religiosa en Europa o en América del Norte, son la única expresión legítima del carisma de un Instituto. Cuando estos Institutos vienen a América Latina y tienen esta mentalidad, creen que deben exigir la uniformidad respecto de los países de origen, y el separarse de ella la consideran falta de espíritu. Lo cual constituye un empobrecimiento y es una fuente de crisis y de defecciones. Entonces por parte de los Superiores lejanos se puede caer en el simplismo de creer que las personas de tal región no son aptas para la vida religiosa o que al menos no sería prudente darles el cargo de Superior.

Así como la Iglesia ha de adaptarse en su lenguaje, costumbres. . . a los pueblos a los que quiere evangelizar, también el carisma de nuestros Institutos ha de acomodarse al modo de ser de las personas que lo han de vivir. Y especialmente las Congregaciones nativas, deben partir de los valores de su pueblo y no imitar literalmente todo lo que hacen los Religiosos venidos del exterior. . .

Para que la adaptación de la vida religiosa sea adecuada hay que tener presentes ciertos aspectos de la Iglesia latinoamericana:

1) Es una Iglesia inserta en el Tercer Mundo que toma la realidad como punto de partida de su reflexión y de su acción. La Iglesia ha ido tomando conciencia de la posibilidad y urgencia de crear sú propio estilo de hacer teología iluminando con la reflexión su ser y su quehacer en el hoy y aquí. Es una teología que no parte de lo abstracto, sino de las realidades concretas tal como se viven hoy en América Latina para iluminarlas con principios teológicos que, a la vez, son releídos a la luz de los hechos de vida.

Se parte de la vida y se ilumina con la revelación y la fe.

El año pasado pude asistir en Lovaina a la reunión de PMV sobre los nuevos ministerios en la Iglesia. Fue interesante la actitud teológica de los diversos países. La impresión que yo recibí fue que los teólogos europeos y norteamericanos habían presentado unos trabajos de teología moderna, brillantes, con mayor profundidad, con deducciones interesantes, pero especulativas. En cambio los países del Tercer Mundo y especialmente América Latina presentaron hechos vivenciales, experiencias de los nuevos ministerios en

varias naciones como una Iglesia que nace entre nosotros. Y sobre estos hechos venía la reflexión teológica.

Tal vez sea éste también el principal aporte que se espera de la vida religiosa latinoamericana: la experiencia de una vida rica, pluriforme, llena de dinamismo y de proyecciones para el futuro.

2) Otro segundo aspecto es el de una Iglesia inserta en un continente en el que priman los pobres y los jóvenes. América Latina es un Continente pobre, empobrecido, mantenido en la pobreza, en el que se escucha "el clamor de los pobres".

En estas circunstancias la Iglesia percibe que sólo podrá ser "signo de salvación" en un sentido integral, a medida en que se coloca entre los pobres para caminar con ellos, como la Iglesia de la Esperanza y de la abertura, la Trascendente.

Es también un Continente joven donde se va haciendo sentir el poder de los jóvenes. Por esto es una sociedad que mira lo futuro más que el pasado, a lo nuevo más que a lo antiguo. Es un pueblo con capacidad de crear más que de repetir e imitar. La vida religiosa debe estar también abierta al futuro, a lo nuevo, a la esperanza.

3) Es, finalmente, una Iglesia en pueblos que valorizan al hombre más que a las cosas.

En otros países se da un gran valor al aprovechamiento del tiempo, a la eficiencia en el trabajo, a la organización, a la técnica, a la productividad, etc. En cambio en América Latina todo esto se aprecia en un segundo lugar y, por el contrario, se cotiza más lo que se refiere a las relaciones personales de amistad, comprensión, capacidad de acogida, hospitalidad . . . es decir, por encima de otras cosas se pone el aprecio a las personas.

Y esto es algo que atañe al mismo ser de las personas, es la escala de valores que se ha vivido desde la niñez. Si a los candidatos latinoamericanos se les quiere imponer unos valores culturales distintos de los que constituyen el nervio de su vida, se va a un fracaso seguro.

La vida religiosa, cuyo objetivo principal es vivir intensamente la caridad, puede poner el énfasis en una u otra forma de expresarla. Es obvio que en América Latina se ha de poner el énfasis en la forma que está de acuerdo con el modo de ser de las personas que han de vivir. Y no se puede negar que el aprecio y el amor a las personas es una excelente base humana para vivir la caridad. Esto tiene una enorme repercusión en el enfoque de la Espiritualidad, en la orientación de la formación, en el criterio para hacer los estudios en el propio país o en el extranjero, en la tendencia a poner Superiores nacionales o del lugar de la fundación, etc.

Para dar a conocer estos puntos de vista algunos miembros de la CLAR aprovechando un viaje a Europa tuvimos el año pasado una reunión con un grupo de 70 Madres Generales en Milán y luego en Roma con un número semejante de Padres y Madres Generales. Les expresamos la necesidad de favorecer un estilo latinoamericano de vivir el carisma de cada Instituto, de la conveniencia de que los Generales junto con todo su Consejo visiten personalmente las obras de sus Congregaciones en América Latina, de que en algunas Congregaciones todavía hay un exceso de centralismo y de la conveniencia de dar mayor autonomía a los Superiores Mayores que viven en América Latina ya que suelen conocer mejor la problemática y la idiosincrasia de nuestros pueblos.

III. Una vida religiosa más comprometida con el hombre

La Espiritualidad de encarnación que nos ha traído el Concilo Vaticano II, en América Latina se ha ido concretando cada vez más en una preocupación por la salvación del hombre integral (Cfr. Medellín, Introd. No. 6).

Ya no es posible concebir un verdadero apóstol que, al evangelizar a nuestro pueblo, no se preocupa por el nivel de vida infrahumano en que muchos viven, por la subalimentación, los salarios insuficientes, el porcentaje de analfabetos, la dependencia esclavizante de personas y naciones. . .

Si en América Latina entre las élites intelectuales y las clases proletarias están teniendo tanto éxito las ideologías marxistas, tal vez se deba en buena parte a que los cristianos no nos hemos tomado en serio la fraternidad que predicamos y no hemos estado dispuestos a repartir lo nuestro con los más necesitados.

Los Religiosos vamos tomando conciencia de estas realidades y dejando posiciones "espiritualistas", nos vamos acercando al hombre en sus circunstancias. Es notable, por ejemplo, el éxodo que se ha iniciado en los últimos años por parte de muchos Religiosos hacia el campesinado y los suburbios con el deseo de compartir la suerte de los más necesitados y de trabajar por ellos. No es que antes no se hiciera, pero ahora ha aumentado grandemente la proporción.

Comienzan a comprender que la misión profética de la Iglesia de denunciar la opresión global de pecado, de "violencia institucionalizada" y de anunciar la liberación integral, sólo se puede realizar desde la acción concreta y comprometida en este proceso liberador. Muchos Religiosos se preguntan si será posible evangelizar a los pobres desde una situación de poder y riqueza, si será posible evangelizar a los jóvenes estando anclados en el pasado y sin abrir nuevos caminos hacia el futuro.

Sin embargo, hemos de reconocer que los Religiosos en América Latina tomados globalmente, todavía presentamos una imagen de riqueza y poder y no aparecemos suficientemente comprometidos con los pobres. De ninguna

manera quiero decir que tengamos que abandonar a las clases media y alta de la sociedad –que también están llamados a la salvación–, ni que tengamos que dejar de vivir en centros urbanos, pues es necesario para los que están en formación y para atender a muchas de nuestras obras; pero es evidente que en conjunto aún no estamos suficientemente del lado de los más necesitados, los marginados, los oprimidos.

Se calcula que la población rural alcanza en América Latina el 57.8%. La población urbana el 42.2%. Y dentro de esta los que viven en suburbios, el 30%. O sea, que podemos decir que aproximadamente el número de los pobres llega al 70% y las clases media y alta el 30%. En cambio en el año 71, con la clase media y alta que alcanza el 30% los Religiosos varones trabajaban en un 51.11% y las Religiosas en un 65.54%. Y con el 70% que están en el campo y suburbios, los Religiosos están presentes en un 48.88%, y las Religiosas en un 34.46% (Cfr. Estudio sociográfico CLAR, p. 120 y p. 68).

Actitud del Religioso frente a la situación de América Latina. Frente a la situación social, política, económica, cultural de nuestro pueblo, que muchas veces alcanza límites dramáticos, los Religiosos no podemos mantenernos indiferentes. Y en nuestra actuación el punto de partida no puede ser otro que el de la fe en una perspectiva evangélica. Esto es claro. Lo que no resulta tan claro es saber lo que tenemos que hacer. Hay Religiosos que al ver la complejidad de los problemas socio-políticos, optan por encerrarse en la sacristía diciendo que no es de nuestra competencia mezclarnos en estos asuntos. Otros, en cambio, especialmente jóvenes, piensan que el compromiso con los hombres, nos exige llegar hasta el liderazgo político o la militancia activa y tal vez algunos incluso se inclinan por la violencia.

El silencio en un tema tan candente, sería lo más cómodo para la CLAR y un modo de evadir la respuesta para que cada uno siga buscando soluciones por su cuenta. Abordar el tema es arriesgado por no tener caminos trazados de antemano y porque el tema se presta a abusos e interpretaciones torcidas. Con todo, algo nos está diciendo Dios con estos "signos de los tiempos" latinoamericanos y el no responder a su llamado sería un grave pecado de omisión.

Por esta razón se ha emprendido el estudio de la "Dimensión política de la Vida Religiosa". Este documento tiene el objeto de ayudar a los Religiosos a reflexionar juntos para hallar la posición exacta de personas que por una parte han de estar encarnadas en el mundo de hoy y por otra, no han de perder su identidad de consagradas. El documento ha recorrido un largo proceso de más de dos años: tres redacciones distintas con el consiguiente envío a las Conferencias nacionales y recogida de críticas y aportes. Finalmente se aprobó en la reunión de la Junta Directiva en Costa Rica pero tratándose de un tema directamente relacionado con la Pastoral, nos comprometimos a darlo a conocer a las Conferencias Episcopales antes de su publicación. Algunas de estas Conferencias nos han hecho una serie de observaciones que probablemente retrasarán de nuevo su aparición.

Creo que todo el problema del Religioso y la situación socio-política se puede centrar en la necesidad de tomar opciones más claras y definidas en favor de los pobres, viviendo esta opción en cualquier clase de trabajo que estemos realizando. Este es a mi parecer, el mensaje fundamental del documento.

En esta misma línea, otro de los problemas que preocupan hoy a muchos Religiosos, es el de la Educación. En América Latina el 49.34% de Religiosos y el 55.67% de Religiosas trabajan en Colegios. Para muchos de ellos se plantea un problema de conciencia. Ven la marginación cultural de gran parte de la población latinoamericana, analfabeta o con instrucción muy precaria, mientras la mayoría de los Religiosos educadores están dedicados a la clase media y alta, sea porque tienen ya estas obras establecidas, o por necesidades económicas o por otras razones. Se hacen preguntas angustiosas: ¿Se han de conservar los colegios tradicionales? ¿Es posible transformarlos? ¿Hay que dedicar más personal educativo a los marginados? ¿Cómo y en qué proporción? , etc. . . .

Para buscar líneas de solución se ha iniciado el estudio del "Religioso educador". Se hizo un primer esbozo del tema y se envió a las Conferencias nacionales para que lo pusieran en manos de expertos. Con los aportes recibidos, se redactó en Bogotá el "documento de trabajo" que ha sido enviado de nuevo a las Conferencias de Religiosos para que lo pongan en manos de los educadores como tema de reflexión. Se recogerán las críticas y sugerencias de estos y se hará la tercera redacción que será sometida a la aprobación de la Junta Directiva antes de su publicación.

Con esto esperamos contribuir a abrir caminos nuevos y a infundir ánimo y esperanzas a muchos Religiosos educadores.

IV. Una vida religiosa más integrada en la pastoral

Para apreciar el alcance y responsabilidad de la acción pastoral de los Religiosos en las comunidades cristianas de América Latina, hay que tener en cuenta los hechos siguientes:

Es un hecho innegable que la fuerza apostólica más numerosa y organizada con que cuenta la Iglesia en América Latina son los Religiosos.

Pero también es verdad que esta fuerza no es aprovechada debidamente. Especialmente si miramos al conjunto de las 131.000 Religiosas que no están suficientemente consideradas en las estructuras eclesiales de pastoral. No están bien integradas en el nivel de la acción y están prácticamente excluídas en el nivel del planeamiento y en el de la evaluación. Se está planteando actualmente en la Iglesia el tema de la mujer y los nuevos ministerios. Parece hay en la Iglesia actualmente una falta de lógica: por una parte se acepta que en la Iglesia "no hay hombre ni mujer" y, sin embargo, se hacen discriminaciones notables cuando se trata de asimilar responsabilidades ministeriales a

unos y otras. Y esto no proviene de principios teológicos sino de una tradición cultural que acepta la inferioridad de la mujer y el tabú del sexo. Deberíamos aprovechar la ocasión del Año Internacional de la mujer (1975) para trabajar porque la mujer religiosa ocupe en la Iglesia el lugar que le corresponde.

Por otra parte el anhelo de fidelidad a la realidad latinoamericana exige una revalorización y un apoyo crítico al catolicismo popular al mismo tiempo que una inserción re-evangelizadora entre el pueblo.

La misma consagración religiosa a lo absoluto de Dios facilita la apertura hacia las opciones concretas exigidas por el lugar y el tiempo. Con lo que se resalta la dimensión carismática y profética de la Iglesia. Su acción pastoral deberá ser más ágil e inflexible, más a la escucha de los desafíos del mundo actual.

Un problema crucial y que lleva a frecuentes dudas y conflictos proviene de que el Religioso ha de conjugar dos puntos de vista en lo referente a la labor pastoral: el del Instituto y el de la Diócesis o nación en que trabaja. Muchos Institutos son internacionales, tienen un determinado carisma y las decisiones sobre el personal y las obras son tomadas de acuerdo con un programa de acción y desde centros lejanos. Por otra parte las Diócesis o las naciones tienen unas necesidades concretas, un orden de urgencia o de importancia, de acuerdo con un plan de pastoral. Con frecuencia pueden entrar en conflicto los dos puntos de vista, aún buscando todos sinceramente el servicio de la Iglesia.

Sin duda en los últimos años ha habido una mayor apertura y comprensión por ambas partes; pero creo que aún se debe buscar una coordinación de esfuerzos más estrecha en el orden pastoral. A veces los Religiosos estamos demasiado atados a nuestras obras tradicionales o tenemos poco en cuenta las necesidades diocesanas y nos falta la flexibilidad para ofrecer una mejor colaboración al Episcopado. Otras veces son los Obispos los que, preocupados por necesidades pastorales inmediatas, tienen poco en cuenta el carisma de cada Instituto o la situación interna de la Comunidad o tienen una visión demasiado estrecha del trabajo de Iglesia. Además ahora se añade la posible diferencia de mentalidades. A veces son los Religiosos, a veces los Obispos y a veces ambos los que están demasiado apegados al modo de proceder tradicional y se frenan las iniciativas de quienes quieren responder a las nuevas exigencias del Espíritu Santo.

Por nuestra parte nosotros, los Religiosos, hemos de estar cada vez más disponibles para ofrecer el mayor servicio a la Iglesia, ya que para esto han sido fundados nuestros Institutos.

Con el fin de estrechar más los vínculos entre Obispos y Religiosos y de aprovechar mejor la capacidad apostólica de los 170.000 Religiosos de América Latina se está preparando un estudio CELAM—CLAR sobre "El significado de las Comunidades Religiosas en las Iglesias de América Latina". Recien-

temente se están lanzando las encuestas que han de dar lugar al temario. Esperamos que pronto se realice la reunión de un grupo de Obispos y de Religiosas con expertos que asesoren a ambas partes, para profundizar teológicamente en la misión de unos y de otros y para buscar un modo práctico de proceder que asegure una mejor integración de los Religiosos en la Pastoral.

V. Una vida religiosa más fraternal

Es una de las aspiraciones más universales y profundas de los Religiosos especialmente en América Latina. No satisface el modelo de una comunidad centrada en cosas: en tener un mismo horario, unas mismas prácticas, un mismo hábito. Se busca una vida comunitaria basada en relaciones personales de "amistad en el Señor": conocerse, apreciarse, amarse más, vivir compenetrados espiritualmente, unidos por una gozosa fraternidad. Es muy consolador constatar que estamos caminando decididamente hacia esta meta.

Nuestras Comunidades religiosas en América Latina están llamadas a constituir espacios especialmente acogedores, signos especialmente visibles y fermentos especialmente efectivos de la reconciliación y comunión que se nos ha ofrecido en Cristo. Los llamados a la vida religiosa en nuestros países participamos de las limitaciones y de los valores de las culturas de nuestros pueblos. Estas características hacen posible y necesario descubrir nuevos estilos de fraternidad en que palpemos más concretamente la confianza que nos une, el apoyo efectivo del grupo, la responsabilidad de unos por otros, la asunción de un mismo ideal de seguimiento de Cristo y de servicio del pueblo.

Por otra parte, la sociedad latinoamericana está profundamente desgarrada por discriminaciones y segregaciones económicas, sociales y ético-culturales. En este contexto se hacen especialmente urgentes el signo y el servicio de las comunidades religiosas que tiendan puentes para la reconciliación y ofrezcan centros vivos de fraternidad.

La CLAR tiene como uno de sus principales objetivos fomentar una vida religiosa más fraternal, alentando las comunidades auténticas, las relaciones entre diversas Congregaciones, la comunicación con las Conferencias Nacionales de Religiosos, con diversas instituciones internacionales.

Se ha puesto especial empeño en fomentar las relaciones personales de algunos miembros de la Directiva de la CLAR con las diversas Conferencias Nacionales aprovechando la ocasión de las Asambleas Nacionales o de otros acontecimientos importantes. Aunque los viajes resultan caros debido a las enormes distancias, creemos que este trabajo de buscar la comunión entre los religiosos de América Latina, de ayudar a construir la Iglesia viva, es incluso de más valor que el realizar obras materiales.

Así mismo se fomentan las relaciones de cordialidad y de ideales comunes con los Religiosos de otras latitudes: en octubre de este año, se tendrá, Dios mediante, la reunión interamericana de Religiosos en Bogotá. En ella parti-

ciparán un total de 100 Religiosos de Canadá, Estados Unidos y Latinoamerica. También se han estrechado vínculos con los Religiosos de Italia y España.

Con instituciones como el CELAM se procura la mayor coordinación en la tarea común de renovación de la Iglesia latinoamericana. Esto implica también el poder hacernos observaciones mutuamente en un clima de madurez espiritual. A nosotros nos hizo mucho bien la crítica constructiva del CELAM en su reunión de Sucre y la que nos han hecho en otras ocasiones algunos miembros de él. También nosotros hemos pretendido prestar un servicio al CELAM manifestando nuestros puntos de vista.

Otro aspecto que creemos ayuda también a las relaciones fraternales es el de la organización de la CLAR. Queremos que sea lo más simple posible, evitando el espíritu empresarial y la pesadez burocrática. De hecho no existe otra estructura que la del Secretariado que procuramos sea ágil y flexible para que pueda prestar el servicio que los Religiosos esperan de la CLAR. Además los que trabajamos en la Presidencia y el Secretariado y los miembros de varias directivas nacionales con quienes hemos tenido un trato más frecuente, estamos unidos por el vínculo de una amistad cada vez más profunda que crea entre nosotros un ambiente de alegría y de confianza mutua. Lo cual nos permite trabajar en perfecta armonía y en plan de equipo.

Hemos tenido grandes satisfacciones en las diversas visitas y reuniones de la CLAR, al constatar el ambiente de confianza y sencillez, de gozo espiritual que reina entre nosotros al encontrarnos. ¡No es una impresión sólo personal, sino de todos los que hemos tenido la ocasión de convivir unos días con diversos grupos de Religiosos. Esto nos hace sentir el llamamiento de Dios a los Religiosos latinoamericanos de ser signos de fraternidad en medio del mundo.

Ojalá que todos los esfuerzos y actividades de la CLAR sean un verdadero servicio a la Iglesia y especialmente a los Religiosos de América Latina de que contribuya a que nuestra vida religiosa sea más evangélica.

NOTAS ESENCIALES DE LOS MINISTERIOS EN EL NUEVO TESTAMENTO

P. Alberto Parra, S.J.

1. El Don Fundamental del Espíritu y los Dones Particulares

La Pneumatología neotestamentaria se mueve en una doble dirección: 1) Hacia el Don Fundamental del Espíritu que es común y general a todo cristiano. 2) Hacia los Dones Fundamentales, particulares e individuales de cada cristiano dentro de la Comunidad Eclesial.

A. El Don Fundamental del Espíritu

Los escritos del Nuevo Testamento relacionan interpretativamente el Don del Espíritu Santo con la exaltación y glorificación de Jesús: un ejemplo es el logión sobre la sed y el agua viva: "Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en El. Porque aún no había sido dado el Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado" (Jn. 7, 37). Por lo demás, las promesas puestas en boca de Jesús sitúan siempre el Don del Espíritu como posterior a su muerte y exaltación (Jn 14, 16; Hech 1, 4), lo que lleva a pensar que la primera Comunidad ve en el Don del Espíritu el fruto máximo del ministerio de Jesús, no menos que el incontrovertible argumento de la calidad mesiánica de Jesús, quien al comunicar el Espíritu da cumplimiento a las Escrituras (Ez 36, 27; Hech 2, 14-36).

El Don Fundamental del Espíritu es dado primeramente a la Comunidad Apostólica y simbolizado ya sea en el hálito o soplo (ruah) de Cristo Resucitado (Jn 20,22), ya sea en lenguas de fuego que se posan sobre ellos (Hec 2, 1 ss.). La efusión espiritual desborda luego el círculo apostólico y se extiende a toda la Comunidad de quienes se bautizan en Cristo (Hec 8, 14-17; 19, 1-7), de forma que el Espíritu inhabita realmente en el Cristiano (Rom 5,5; 8,9; 1 Cor 3, 16; 6,19; Ef 1, 13 ss.). El bautismo del Espíritu, relacionado siempre con el agua, es condición indispensable para la regeneración o nuevo nacimiento (Jn 1, 3-9), que hace del cristiano una nueva creatura (2 Cor 5, 17), con un principio interior de vida nueva (1 Cor 15, 45), que lo transforma en hijo adoptivo de Dios (Rom 8, 14; Jn 3, 1), poseedor del mismo Espíritu de la familia trinitaria y con legítimo derecho.a la herencia filial (Gal 4, 4 ss.). Es el Espíritu quien da el conocimiento experimental y progresivo del ministerio de Dios y de Cristo, conduce hasta la verdad plena (Jn 14, 25; 16, 12; 1 Cor 2, 10) y guía el cristiano no por leyes escritas sino por su interna moción (Rom 8, 1-10, así como es El la fuente de todo amor auténtico (Rom 5, 5; 15, 30) y arras, anticipo y garantía de la propia resurrección (Rom 8,11). En fin, la Comunidad de los regenerados en Cristo está fundamentada y compactada por el vínculo de un solo y mismo Espíritu (Ef 4, 3; 1 Cor 12,12 y enriquecida con diversidad de Dones.

B. Los Dones Particulares o Carismas

La teología de los Dones particulares, funcionales e individuales debe enmarcarse en este amplio cuadro anterior, puesto que en cuanto procedentes del Espíritu los Dones particulares supone el Don Fundamental y por cuanto que, teológicamente, están enderezados no a la óntica y radical transformación del cristiano, sino a la progresiva edificación de la Comunidad cristiana.

El vocablo castellano "carisma" es la transcripción del griego "chárima" que significa "don gratuito", y procede de la misma raíz de "cháris", gracia. En el Nuevo Testamento la voz "carisma" no tiene siempre el sentido técnico que tiene ahora; con ella se designa, a veces, todos los dones de Dios (Rom 11, 29) y particularmente el "don de gracia" que nos es dado en Cristo (Rom 5, 15 ss.), puesto que en Cristo hemos sido colmados de toda suerte de dones (Rom 8, 32). Sin embargo, la gran mayoría de las 17 veces que el término "carisma" es usado en el Nuevo Testamento, significa los Dones particulares de gracia, diversificados unos de otros, dados a los creyentes para el bien común de la Comunidad eclesial, no en vistas a la propia y personal santificación sino a la edificación del Cuerpo de la Iglesia[1].

[1] Cfr. BALTHASAR, H.U., "Charis y Charisma", *Ensayos Teológicos,* Madrid 1964,369.

El lugar clásico de la doctrina neotestamentaria acerca de los Carismas o Dones particulares del Espíritu es la Primera Carta a los Corintios. Son estas las perspectivas del Apóstol.

1) Origen y Finalidad de los Carismas (1 Cor 12, 1-7).

2) La Pluralidad de los Carismas y su Principio de Unidad (1 Cor 12, 8-31).

3) La Ubicación de los Carismas en una Escala Pneumatológica (1 Cor 13).

4) La Gradación de los Carismas entre sí y su Regulación (1 Cor 14).

a. Origen y Finalidad de los Carismas (1 Cor 12, 1-7)

Los Carismas proceden del Espíritu Santo. Una primera certeza sobre la autenticidad de un carisma y su procedencia, es la confesión de fe en Jesús como Señor, puesto que una tal confesión no puede hacerse sino por virtud del Espíritu Santo (Mt 16,17). La segunda señal sobre la verdad y la procedencia del Carisma es su pluralidad o diversidad en la unidad y para la unidad eclesial: diversidad de Carismas pero un mismo Espíritu; diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; diversidad de operaciones de los hombres, pero un mismo Dios que obra todo en todos (12, 4-6). Los dones proceden todos del mismo Espíritu que da y distribuye a cada uno según quiere (12, 11; cfr. Rom 12, 3 1Cor 7,7; Ef 4,7). La pluralidad de los Carismas o dones particulares vemos que sigue a la diversidad de los ministerios (diairéseis energemáton).

La finalidad de los carismas o dones otorgados a cada uno es el provecho común. Es la afirmación paulina hecha inmediatamente a continuación de la enseñanza sobre el origen de los carismas (12, 7); sobre esta misma finalidad del carisma para el bien común o edificación de la Iglesia volverá más tarde (14, 12) y en repetidas ocasiones (14, 3: 14,4; 14,5; 14,17). San Pedro es enfático en la misma afirmación (1 Pe 4,10).

b) Pluralidad y principio de unidad (1 Cor 12, 8-31)

La pluralidad de los carismas que el Espíritu otorga para común utilidad de la Iglesia es puesta de manifiesto por el Apóstol en la descripción que de ellos hace, descripción que en modo alguno quiere ser exhaustiva como lo comprueban las otras listas de carismas que él propone en otros lugares que complementan el presente (cfr. Rom 12, 6-8; Ef 4, 11).

Un recuento general de los carismas propuestos aquí y en los lugares mencionados, arroja el siguiente resultado:

Palabra de sabiduría, palabra de ciencia, fe (en grado extraordinario), carisma de curaciones, poder de milagros, profecía, discernimiento de espíritus, diversidad de lenguas, don de interpretación (1 Cor 12, 8-11).

Carisma de apóstoles, de profetas, de maestros, poder de milagros, don de curaciones, asistencia, gobierno, diversidad de lenguas (1 Cor 12, 28-30).

Don de profecía, ministerio, enseñanza, exhortación, dádiva, presidencia, obras de misericordia (Rom 12, 6-8).

Apóstoles, profetas, evangelizadores, pastores y maestros "en orden a las funciones de ministerio (eis érgon diakonías) para edificación del cuerpo de Cristo (eis oikodomèn Tou sómatos tou Christou)" (Ef 4, 11-13).

De estas cuatro listas paulinas de carismas se obtiene un panorama de su gran variedad y una posibilidad de estructurarlos de la forma siguiente:

1. *Carismas de ciencia* (radicados fundamentalmente en el espíritu humano y manifestados externamente por el lenguaje)
   — sabiduría
   — ciencia
   — fe
   — profecía
   — discernimiento de espíritu
   — don de lenguas
   — don de interpretación de lenguas (lista de 1 Cor 12, 8-11)

2. *Carismas operativos* (radicados fundamentalmente en la actividad externa del hombre
   — poder de milagros
   — don de curaciones (por oración y signo ext.) lista de 1 Cor 12, 28-30).

3. *Carismas ministeriales* (se consideran únicamente aquellos de los que específicamente se afirma que son dados "para el recto ordenamiento de los santos, en orden a las funciones del ministerio")
   — apóstoles
   — profetas
   — evangelizadores
   — — maestros
   — pastores

— dones de asistencia
— dones de gobierno (listas de 1 Cor 12, 28-30 y Ef 4, 11-13)

que fundamentan las funciones correspondientes de
— profecía
— ministerio
— enseñanza
— exhortación
— dádiva
— presidencia
— obras de misericordia (lista de Rom 12, 6-8).

La gran diversidad de los carismas constituye para San Pablo la unión de la pluralidad en orden al bien de la comunidad. Quien dice unión dice ya diversidad y pluralidad. Quien dice ordenamiento al bien de la comunidad dice conspiración y concurso de los elementos plurales a la unicidad de una misma finalidad. Para plastificar este pensamiento ocurre al Apóstol el símil del cuerpo cuyo cometido es explicar el principio de unidad de la diversidad carismática (1 Cor 12, 12-31; cfr. Ef 4, 4-6).

c) Ubicación de los carismas dentro de una legítima escala de valores (1 Cor. 13)

Tras la enumeración de la diversidad de los carismas y la doctrina de su unidad hecha imagen con el símil del cuerpo, San Pablo introduce el famoso himno a la caridad afirmando la superioridad de esta sobre todo carisma, ya que es "un camino más excelente" (1 Cor 12,31).

La caridad no es uno de los dones particulares llamados carismas. Es el inseparable efecto de la presencia del Espíritu Santo en el cristiano. Puesto que pareciera que el Apóstol supera el contexto de la teología de los carismas, se ha creído que se trata de una disgresión doctrinal. Pero la clara intención es, precisamente, la de colocar en su justo sitio y delimitar convenientemente la doctrina de los carismas.

El carisma se sitúa, es claro, por debajo del don fundamental del Espíritu Santo personal dado al cristiano. Se sitúa igualmente por debajo de la caridad, de la fe y de la esperanza que son los efectos inmediatos del don fundamental del Espíritu. Si se compara la caridad con los carismas funcionales resulta eminentemente superior a ellos, en cuanto que carismas sin caridad de nada sirven y en cuanto que los carismas como dones individuales, funcionales y dados en orden al servicio común de la Iglesia temporal, han de desaparecer mientras que la caridad no acaba nunca (1 Cor 13,8). Si se compara la caridad con la fe y la esperanza, resulta igual-

mente superior a ellas, no en cuanto a la funcionalidad, sino en cuanto a la temporalidad, (1 Cor 13,13).

Se llega así a ubicar a los carismas dentro de la legítima escala de valores, para instrucción de los Corintios que parece sobreestimaban los dones carismáticos por encima de cualquier otro don. La escala justa es:

— Don fundamental del Espíritu Santo personal.

— Caridad teologal como efecto inmediato y fruto el más excelente de la presencia del Espíritu.

— Fe y Esperanza, efectos también del Espíritu, pero dones temporales en razón del objeto.

— Carismas funcionales, temporales.

d) Regulación de los carismas (1 Cor 14)

En un nuevo capítulo el Apóstol se fija ya no en la relación de los carismas con los restantes dones de Dios, sino en la relación de los carismas entre sí en orden a establecer nuevamente una justa escala de valores, de donde proceda una conveniente regulación en su uso.

La relación de los carismas para determinar cuáles son los más excelentes, los más provechosos, los más útiles, la hace San Pablo comparando el don de lenguas con el don de profecía. La superioridad de este último don la encuentra él en que por la profecía se habla a los hombres (no a Dios); lleva edificación, exhortación y consolación (no ininteligibilidad); aprovecha a toda la asamblea (no a uno sólo); es palabra portadora de revelación, ciencia, profecía, enseñanza (no sonidos confusos, carentes de sentido); toma al hombre en su totalidad (no sólo en su espíritu); es señal de la presencia del Espíritu para los creyentes (no sólo para los incrédulos); es argumento de convicción para los infieles o no iniciados (no sólo para los fieles). En la comparación establecida, tres veces repite el Apóstol la fórmula "edificar a la asamblea", una vez "edificar al otro", una vez "instruir a los demás", muchas veces "aprovechar" a fieles e infieles (1 Cor 14, 1-25). La superioridad, pues, de un carisma con respecto a otro radica en el mayor provecho o edificación comunitaria, en el mayor servicio que preste a los demás, con lo cual confirma san Pablo que la finalidad de los carismas es el bien común o edificación de la Iglesia.

Reafirmando el anterior principio básico sobre los carismas, pasa luego a establecer las reglas que aseguren en las asambleas

cristianas el ordenado y decoroso uso de los dones carismáticos, fundamentalmente de los carismas de ciencia (1 Cor 14, 26-39).

2. Los Ministerios Eclesiales

El examen anterior de la doctrina neotestamentaria y especialmente paulina sobre los carismas permite ahora establecer sobre su base justa la doctrina neotestamentaria sobre los ministerios.

A) Las listas de Carismas Ministeriales

El primer dato es el hecho de que los ministerios sean catalogados entre los carismas y que, consiguientemente, a ellos se aplique con toda exactitud la doctrina general de los carismas que acabamos de exponer.

En efecto, uno de los tres grupos de carismas descritos por San Pablo puede rectamente intitularse "carismas ministeriales", pues de ellos expresamente afirma él que son dados "para el recto ordenamiento de los santos, en orden a las funciones del ministerio: pròs tòn katartismon t*o*n hagi*o*n eis érgon diakonías" (Ef 4, 12). Estos múltiples carismas ministeriales dados por el Espíritu a los individuos para el bien o edificación de la comunidad eclesial, fundamentan y originan las funciones correspondientes de servicio, de modo que carismas y funciones del ministerio podrían sistematizarse así:

1 Cor 12, 28-30 y Ef 4, 11-13	Rom 12, 6-8
— Apóstoles	— Ministerio
— Profetas	— Profecía
— Evangelizadores	— Enseñanza
— Maestros	— Exhortación
— Pastores	— Dádiva
— Dones de Asistencia	— Obras de Misericordia
— Dones de Gobierno	— Presidencia

Con relación a estas listas de carismas ministeriales y a las funciones correspondientes debemos admitir que es bien difícil delimitar su exacta significación, su alcance y sus límites.

Al referirse San Pablo al carisma de los Apóstoles es evidente que no se refiere a los Doce. "Los Doce" es el término clásico para designar en el Nuevo Testamento al grupo de compañeros de Jesús en su ministerio terrestre. "Apóstol", en cambio, es un término post-apostólico, originado quizás en Antioquía, y designa el carisma de un misionero y su ministerio correspondiente; en este sentido San Pablo se aplica el término de Apóstol (Rom 1.1; 1 Cor

9,1; 15,9), sabedor de que él no pertenece al grupo de "los Doce"; en este mismo sentido se aplica el término a otros personajes: a Bernabé (Hech 14, 14; 1 Cor 9,5), a Tito y a otros hermanos (2 Cor 8,23); es éste, finalmente, el sentido que el término "apóstoles" tiene en las listas de carismas ministeriales (1 Cor 12,28; Ef 4,11). Las Comunidades cristianas calificarán con el término de Apóstoles a los Doce en cuanto enviados y delegados por antonomasia.

El carisma de los Profetas neotestamentarios parece fundar una doble función de servicio comunitario: el de la predicación o interpretación concreta del mensaje a la existencia de la comunidad y la oración oficial de la Iglesia. Una y otra función son ejercidas en contexto de asamblea litúrgica[2].

El Doctor o Maestro, en cambio, parece que tuvo también la función de predicación pero con la connotación de una enseñanza más profunda y especializada, fuera ya del ámbito litúrgico[3]. Las demás funciones ministeriales parecen haber tenido el cometido que sus nombres significan.

B) Otros Ministerios

Fuera de los ministerios incluídos en las listas de los carismas, conocemos en la literatura neotestamentaria otros servicios o ministerios ejercidos en favor de la comunidad cristiana.

a) Los Diáconos

En el saludo inaugural de su Carta, Pablo junto con Timoteo saludan a los Diáconos de la Iglesia de Filipos, asociados a los Epíscopos (Fil 1,1). El congreso doctrinal y la evolución de las formas ministeriales, hace que años más tarde el mismo Pablo escribiendo a su colaborador Timoteo le indique las cualidades y virtudes de que han de estar revestidos los Diáconos (1 Tim 3, 8-10).

El origen del ministerio del Diaconado ha de verse en la institución de "los Siete" por parte de "los Doce" (Hech 6, 1-6). Las funciones de los Diáconos, por consiguiente serían las de asistencia (diakonía) (Hech 6,1), servir a las mesas (diakonein trapéxais) (Hech 6,2) bien que fuera de su función específica de servicio

2 Cfr. LEMAIRE, A., "Les Ministères dans la Recherche Néo-testamentaire", en La Maison Dieu 115, 1974,41.

3 Ibid.

material, anuncian también el evangelio (Hech 21,8) y bautizan (Hech 8,38).

b) Los Epíscopos

Junto con los diáconos de Filipos, San Pablo menciona en su saludo a los Epíscopos (Fil 1,1), y también en sus instrucciones a Timoteo señala las características que los Epíscopos han de tener (1 Tim 3, 1-7), (Tit 1, 1-9).

El ministerio de "episkopein", vigilar, inspectoriar, ha sido insistentemente relacionado con la figura de los "mebbaqer" o vigilantes de los campos de las comunidades esenias. San Pablo envía a Tito a instituír "presbíteros" a los que luego llama "epískopos" (Tit 1,5), como claro indicio de que la figura de uno y de otro y el oficio correspondiente no se ha diferenciado. La función principal que se asigna a los presbíteros o epíscopos indiferenciados es la de "apacentar" (poimaínein) la Iglesia como pastores (Hech 20,28; 1 Pe 5,2), lo que puede dar a entender que son ellos quienes ejercen la función carismática de los pastores (Ef 4, 11).

c) Los Presbíteros

San Pablo y Bernabé designan "presbítero" en cada Iglesia (Hech 14.23), del mismo modo como existe en Jerusalén un colegio presbiterial que junto con los Apóstoles toma parte en la asamblea de Jerusalén (Hech 15,2, 4.6.22.23). En su visita a Efeso, Pablo es recibido por los presbíteros de esa ciudad, a quienes da luego el nombre de "epíscopos" (Hech 20, 17 ss.). Tito recibe el encargo de constituir en cada ciudad de Creta "presbíteros" o "epíscopos" (Tit 1,5).

El origen de la estructura social de este ministerio parece que haya de buscarse en los sanedrines de ancianos o "presbíteros" que cada sinagoga judía poseía, presididos por el archi-sinagogo; en efecto, el colegio presbiteral de Jerusalén es comandado por Santiago (Hech 15,13). Aparte las funciones que ya se ha visto son atribuídas a los "epíscopos" o "presbíteros" indiferenciados, encontramos que la unción y oración por los enfermos está reservada a los presbíteros (Sant 5,14), así como se ejercitan también en la predicación y en la enseñanza (1 Tim 5,17), pues su ministerio específico de pastorear no excluye que haya algunos adornados con otros dones espirituales de servicio comunitarios: lo da a entender San Pablo afirmando que estos presbíteros merecen "doble honor" o remuneración (1 Tim 5,17).

C) Ministerios e Imposición de Manos

El rito de la imposición de las manos es de honda raigambre escriturística. El Antiguo Testamento presenta a Moisés imponiendo las manos sobre Josué para constituírlo en su reemplazo jefe de Israel (Num 27, 18-23). El ritual jerosolimitano del holocausto (Lev 1,4) y del sacrificio por el pecado (Lev 4,4; 8,14) prescriben igualmente la imposición de manos sobre la víctima en signo quizás de solidaridad y de apropiación. El blasfemo es lapidado por la comunidad quien impone primero las manos sobre él, en señal probablemente de purificación por la contaminación ritual (Lev 24,14). La imposición de manos es gesto que usa Jacob para bendecir a los hijos de José (Gen 48, 8-14).

En los evangelios la imposición de las manos es señal de bendición de Jesús a los niños (Mt 19,15) o del Señor resucitado a sus discípulos (Lc 24,50). El gesto se incluye también en el relato de varios milagros de curación (Mt 9,18; Mc 6,5; 7,32; 8,23-25; 16,18; Lc 4,40; 13,13).

En la comunidad cristiana hay imposición de manos para la recepción del Espíritu Santo que sigue al Bautismo (Hech 1,5; 6,2; 8,17; 19, 1-6), así como para bendecir y despedir las comitivas apostólicas (Hech 13,3).

El acto de imposición de manos relacionado con los ministerios no se encuentra sino en los Hechos de los Apóstoles y en las Pastorales y parece haber sido una costumbre judeo-cristiana.

Con respecto a los Diáconos, los Doce "hicieron oración y les impusieron las manos" (Hech 6,5).

Con respecto a los presbíteros, Pablo y Bernabé "designaron presbíteros (cheirotonesantes) en cada Iglesia" (Hech 14,23).

A Timoteo, ministro y colaborador de San Pablo, ruega este "no descuidar el carisma (charísmatos) que se comunicó por intervención profética, mediante la imposición de las manos del presbítero (metà ton cheiron tou presbyteriou)" (1 Tim 4,14), bien que el pasaje puede referirse no al carisma del ministerio sino al don fundamental del Espíritu que se acompaña con la imposición de manos postbautismal. Volverá después San Pablo a hacer igual advertencia a su discípulo: "te recomiendo que reavives la gracia (charisma) que hay en ti por la imposición de mis manos (dià res epitheseos ton cheiron mou)" (2 Tim 1,6), donde nuevamente podría también tratarse de la gracia como don general del Espíritu consiguientemente al Bautismo de Timoteo, convertido y catequizado por el Apóstol, a Timoteo recomienda igualmente Pablo "no te precipites en imponer a nadie las manos" (1 Tim 5,22), que

puede ser consecuencia del encargo que le da de constituir presbíteros, o puede ser un gesto penitencial-condonativo.

La imposición de manos, que generalmente va acompañada de oración, sí parece haber sido un gesto relacionado con la institución en un ministerio, si no en todas, por lo menos en algunas comunidades. Tratándose especialmente de Timoteo hay que advertir en la unión que se establece entre imposición de manos y carisma. La imposición de manos, sería, pues, o un reconocimiento público oficial del carisma interior dado por el Espíritu al individuo y el facultarlo para las funciones correspondientes, o bien se trata de un claro indicio de la causalidad sacramental de la imposición de manos, capaz de producir la gracia espiritual y carismática propia del ministerio.

3. Síntesis teológica de los Ministerios en el Nuevo Testamento

La doctrina neotestamentaria de los Carismas y de los Ministerios Eclesiales permite sistematizar las notas esenciales y rasgos más sobresalientes de los Ministerios así:

A) Correlación Carismas-Ministerios

La mayor parte de los Ministerios se enumera en las listas de los Carismas. Los restantes Ministerios parecen suponer siempre un Carisma antecedente o consecuente al rito de la imposición de las manos. Los Ministerios, por consiguiente, pertenecen a la estructura carismática de la Iglesia: son dones particulares dados por el Espíritu Santo a los individuos en orden a establecer las funciones de servicio correspondientes al Carisma, para bien de la Comunidad y progresiva edificación en Cristo.

Este ser carismático de los Ministerios los emplaza en un nivel absolutamente central, bien que secundario, de la ráfaga infusa del Espíritu. Lo cual pone de manifiesto que los Ministerios en la Iglesia no derivan de acontecimientos ni dependen de estructuras previas de tipo sociológico ni reciben ahí su fundamento. Es el Espíritu Santo quien, al infundir el Carisma, fundamenta —por no decir crea— la función ministerial correspondiente para el común beneficio. La estructura de los Ministerios presupone y se fundamenta en los Carismas. Los Carismas crean los Ministerios. Los Ministerios son signo externo manifestativo de los Carismas.

Quiere esto decir que, si se da elección por parte de la comunidad de los candidatos a un ministerio, no es la comunidad la que da el Ministerio que es un Carisma. Quiere decir, además, que de la misma manera como es imposible hablar lenguas, interpretarlas,

tener el don de curaciones o los carismas de ciencia si no se tiene el Carisma dado por el Espíritu, tampoco se puede en la Iglesia ejercitar un Ministerio si no se tiene del Espíritu el Carisma correspondiente. Quiere decir, por último, que por depender correlativamente de los carismas, los Ministerios siguen el soplo del Espíritu que es cierto pero imprevisible en su cuándo y en su cómo.

B) Condición del Ministro

De lo dicho se desprende que la condición del Ministro en la Iglesia es la de un carismático que ha recibido del mismo Espíritu Santo la infusión de gracia propia para el ejercicio de su ministerio.

Nos hallamos así casi en las antípodas de los títulos con los cuales se ejerció el servicio sacerdotal en Israel: genealogía de la carne y no marcación del Espíritu; ley de santidad ritual y no interna santificación por la gracia; posibilidad de ejercicio funcional a partir de la pertenencia a una tribu, a un grupo social, a una genealogía real o ficticia, no a partir de una vocación y marcación personal, directa, nominal.

El don de gracia que fundamenta el Ministerio, en cuanto dado directa y personalmente al individuo, es evidente que toca plenamente todo el ámbito de la personalidad y toda la estructura sicológica de quien lo recibe. La gracia de Dios, de cualquier tipo que ella sea, santifica, cambia, transforma, eleva, ilumina, suscita la respuesta del compromiso personal y permanente con la vocación recibida. Se ha de ir muy cautamente en las analogías entre las funciones ministeriales y las simples funciones profesionales.

C) Finalidad de los Ministerios

El carisma dado a la persona es para la común utilidad. La función que resulta del ejercicio del Carisma ha de ser, consiguientemente, el beneficio común, la edificación en Cristo. Tenemos así que tanto el Carisma como el Ministerio son dados a la persona pero fundamentalmente no en razón de ella misma, sino en razón de la comunidad y del servicio eclesial. Es lo que quiere decir la fórmula "Carisma funcional" en cuanto que el don de gracia crea y exige la función correspondiente.

Puesto que la edificación en Cristo, el progreso comunitario y aun la subsistencia eclesial no parecen de modo alguno independientes sino íntimamente relacionados con los Carismas y los Ministerios Eclesiales, puede decirse que los Ministerios pertenecen a la esencia misma, a la conservación y a la finalidad de la Co-

munidad Eclesial. En el Nuevo Testamento es posible encontrar afirmaciones muy precisas sobre la necesidad más que moral de ciertos ministerios tales como el envío apostólico y la predicación.

D) Excelencia de los Carismas Ministeriales

En 1 Cor 14 hemos encontrado a San Pablo estableciendo una comparación explícita entre el Carisma de lenguas y el de profecía de donde deriva él la superioridad de este último en atención a su mayor utilidad para la comunidad, provecho más general, signo más universal. La superioridad de un Carisma con respecto a otro radica, según el Apóstol, en el mayor provecho o edificación comunitaria, en el mayor servicio que presta a los demás, con lo cual se confirma la finalidad de los Carismas.

Ahora bien, los carismas Ministeriales parecieran tener las notas que los acreditan como los más excelentes en cuanto más útiles y prácticamente de necesidad para la conservación, progreso y finalidad de la Comunidad Eclesial.

E) Pluralidad y Diversidad de los Ministerios

Con la fórmula trinitaria "hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de Ministerios, pero el Señor es el mismo; diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios el que obra todo en todos" (1 Cor 12, 4-6), establece San Pablo una secuencia de estrecha correlación que puede ir de la constatación de la multiforme gracia divina que origina los diversos servicios comunitarios y que supone la diversidad de operaciones, cualidades e inclinaciones de los hombres no menos que la diversidad de necesidades eclesiales; o bien esta multiplicidad de operaciones y necesidades individuales y colectivas que requieren de la pluralidad de los servicios comunitarios para los cuales el Espíritu Santo concede la multiplicidad de sus dones.

El símil paulino del cuerpo confirma la necesaria diversidad de los órganos y de las funciones correspondientes, y el común enderezamiento de todos a una única finalidad.

La diversidad de Ministerios es pues, no solo un hecho comprobable en la vida de las primeras comunidades y en las listas de Ministerios que nos trasmiten, sino una necesidad orgánica teológicamente fundamentada y descrita por Pablo en su célebre símil. Es posible la convergencia de carismas en un solo sujeto y de ello es ejemplo el mismo Apóstol, pero no asoma por ninguna parte el monopolio ministerial que conllevaría o bien el monopolio carismático o bien el desprecio del carisma ajeno. Lo que aparece

claro es que el ojo no debe tomar las funciones del oído ni el pie las funciones de la mano. Ni pretender que haya solamente ojo o mano porque sería monstruoso.

Las listas de Carismas Ministeriales incluyen muchos aunque quizás no todos los Ministerios. Puede ser también que no todos los descritos se ejercitarán como tales. Las listas no quieren dar reglas fijas e invariables. El principio de la diversidad, en cambio, es enseñanza clara y enfática.

La Conferencia de Religiosos de Colombia y EL CENTRO CULTURAL IGNACIO DE LOYOLA se complacen en ofrecer una serie de casetes con meditaciones musicalizadas, muy útiles para Comunidades, días de retiro, convivencias, grupos de oración, enfermos, ejercicios espirituales, etc.

SERIE I. VOCES
1: La Puerta - El Agua.
2: La Tierra - El Camino.
3: La Semilla - La Raíz.
4: La Llave - El Muro.
5: El Tallo; Las Hojas - La Flor; El Fruto.

SERIE II. NOVENA DE NAVIDAD
1: Días 1 y 2 - Días 3 y 4.
2: Días 5 y 6 - Días 7 y 8.
3: Día 9 y Navidad - Año Nuevo y Reyes.

SERIE III. HAY SEÑALES EN TU CAMINO
1: Semáforo en rojo - Semáforo en amarillo - Semáforo en rojo.
Doble vía - Dar la precedencia - Cruce de caminos.
2: Límite de velocidad - No volver atrás - Bajada peligrosa.
Curva a la izquierda - Paso para peatones. Altibajos.
3: Triple dirección - Curva y contracurva - Estación de servicio.
Paso a nivel no vigilado - Puente móvil - No hacer sonar la bocina.
4: Curva a la derecha - Niños - Camino que se estrecha.
Restaurante - Prohibido girar a la izquierda - Retén.
5: Curvas en serie - Trabajadores en la vía - Peligro.
Paso a nivel vigilado - Puesto de socorro - Caída de piedras.
6: Camino resbaladizo - Prudencia - En una sola dirección.
Prohibido estacionar - Taller de reparación - "Stop".

Letra original: Alberto Moreno, S. J.
Locución: Darío Valencia, S. J.
Musicalización: Juan José Briceño, S. J.

De venta: Centro Cultural Ignacio de Loyola - MEDELLIN
Carrera 44, No. 48-18.

Conferencia de Religiosos de Colombia - BOGOTA
Calle 71, No. 11-14.

ULTIMAS NOVEDADES BIBLIOGRAFICAS
QUE RECOMIENDA LA C.R.C.

"LA EDUCACION PERSONALIZADA"

EN EL PENSAMIENTO DE PIERRE FAURE

POR JOSE CARLOS JARAMILLO, S.I.

$ 60.00

"LAS DIFICULTADES DEL CAMBIO"

Por Hernando Silva, S.J.

$ 50.00

PEDIDOS A LA C.R.C Calle 71 No. 11-14

Impreso en Editorial Pax – Bogotá
Fotomecánica Inter 2000 42 60 93